

MI CARRERA LITERARIA

¿¿UTEN en los albores de la juventud, y aun en pleno disfrute de ella, no ha sido un poquitín republicano, algo iconoclasta y literato? Después la vida, con sus enseñanzas, nos hace «centrar en vereda» y nos vamos centrando. Claro que esto no le ocurre a todos; bas'antes siguen contumaces; algunos aciertan, pero la mayoría sucumben.

Cuando yo empecé a asomarme al escenario de la vida, se me despertó una afición loca por las letras y llegué a creer que «sería gente» y que ganaría dinero escribiendo libros y haciéndome famoso. ¡Nada menos que eso!

Pero yo no tuve la culpa, ciertamente, sino las compañías. Nos reuníamos unos cuantos jóvenes de la misma edad, que nos soliviantó un profesor de Preceptiva Literaria, llamado Don Dalmiro, que llegó a este Instituto al parecer con el propósito de captar adeptos para el ejercicio de las letras, y nos daba cada encerrona en su casa, que nos volvía locos. Era hombre inteligentísimo y de gran cultura literaria, con enorme poder sugestivo, y nosotros unos *pipis* inexpertos que nos dejábamos llevar por la corriente de su oratoria como los camarones por la del río.

Por aquel entonces surgió esplendorosa la figura del gran D. Jacinto Benavente, con el estreno de «Lo Cursi» y sus crónicas en los «Lunes del Imparcial» de tan grata memoria para las letras hispanas. Don Benito nos asombraba con sus novelas, y de manera especial con los «Episodios Nacionales». Las crónicas de Joaquín Dicenta y de Antonio Zozaya en «El Liberal», nos las sorbíamos, y no digamos todo de Mariano de Cavia. No perdonábamos ni los folletones de los rotativos, y nos reuníamos en las eras para leer «Rocambolo». Recuerdo que uno de los de la trínca, llamado Jesús, nos apabullaba con su prodigiosa memoria, al extremo de aprenderse sin faltar una coma, la célebre novela mencionada, que publicaba el «Imparcial», y que nos espetaba cuando estábamos más tranquilos, dejándonos K. O.

Estábamos tan obsesionantes con la literatura, que no teníamos tiempo de darnos una vuelta por el Instituto, para asistir a las clases, especialmente las de Matemáticas, que considerábamos inexistentes. La figura patriarcal de D. José María Malaguilla, nos producía terror y optamos por no asistir a sus clases. Claro que a don José María no le convencían las razones que le dábamos para prescindir de sus enseñanzas, y nos largaba cada suspenso que «nos cruzja el ható». Por fin, nos